



Javier G3mez

# LUCHADORES DE SUEÑOS

1 - Caída

## LA ESPERANZA...

*Es extraño cómo la Vida nos empuja. Cómo nos lleva de un momento a otro, de una decisión a otra... hasta convertirnos en las personas que llegamos a ser. No sé dónde te encontrarás cuando leas esto, qué estarás haciendo; si tendrás alguien a tu lado o te hallarás a solas; no sé qué tipo de persona habrás llegado a ser, ni por qué has decidido seguir leyendo mi historia.*

*Lo único que sé, lo que puedo contarte ahora, es que algo nos está devorando. Al igual que el Tiempo, avanza inexorable por tu Interior, corrompiendo cada pensamiento, cada emoción... si no haces algo pronto, apagará todos los fuegos que te guían en la oscuridad.*

*Estoy aquí para advertirte de lo que ocurre, lo que sucederá en tu Vida, si no hacemos algo... juntos. Un Mal se está extendiendo, corrompiendo a las personas, tergiversando nuestros Sueños, errando nuestros instintos.*

*Si no luchamos,  
lo perderemos todo...  
incluso la Esperanza.*

...

### 1.3.1.

Dáinet cae rodando por la ladera de la arboleda. Su frágil cuerpo, ya debilitado por largos meses de esclavitud, sufre diversos cortes y contusiones que empeoran su estado. Desesperado, lucha por no perder la consciencia aun sabiendo que, tras varios días huyendo por los bosques de Myga Ul-mugor, dentro de pocos minutos... estará muerto.



Este traicionero mundo pertenece a *La Libertad*, la compañía comercial que regenta los planetas del borde exterior. Myga Ul-mugor es famoso por la brutalidad de una sociedad ancestral, fuertemente anclada en una estructura de desigualdades sociales: amos, soldados y esclavos. La Vida de las personas vale tanto, como los insignificantes servicios que puedan prestar a sus dueños. En este ambiente, los soldados crecen bajo una moral emponzoñada por la esclavitud. Así *La Libertad* provee al resto de la galaxia conocida de militares de élite, huestes acostumbradas a servir y cumplir órdenes sin cuestionar a sus amos. Son guerreros dóciles en su manejo y fieros con sus enemigos.

Es de noche, y la única luna color sangre que orbita el planeta, custodia una de las muchas zonas boscosas deshabitadas. Los frondosos árboles, arcanos como el Tiempo, esparcen su savia en manantiales a cámara lenta. A causa de ello, el suelo del bosque es un río estático de aguas cristalinas detenidas para siempre.

En este paisaje nocturno bañado por la sangrienta luna, Dáinet concluye su caída cuando su cuerpo impacta contra una gran roca. El golpe es tan intenso, que su sistema respiratorio artificial se colapsa unos segundos, para poder reiniciarse. Una oleada de pánico paraliza al joven shydomi pero, gracias a su gigantesca fuerza de Voluntad, controla la sensación de asfixia el tiempo justo, para que la maquinaria que lo mantiene vivo se reactive.

Tomando una gran bocanada de aire, que reaviva su magullado cuerpo, se apoya sobre la pegajosa piedra llena de savia e intenta reincorporarse, pero aún está demasiado desorientado para mantener el equilibrio.

Necesita esperar unos instantes, en los que siente su organismo recuperarse a duras penas. Entonces, escucha una voz a su espalda. Es dulce y acaramelada como si acariciara sus oídos al entrar.

—¿Estás bien?

Dáinet responde con un gruñido distorsionado mientras se vuelve hacia la mujer que le ha seguido.

La joven se yergue nerviosa estudiando ese bosque aterrador que parece amenazar con engullirlos. Viste una pequeña torera de mangas largas y, bajo ésta, un mono de piloto color café que deja al aire un generoso escote.

Una de las características de la sub-raza ul-mugor, tanto en hombres como en mujeres, es la ausencia total de bello. A pesar de que la joven es completamente calva, sus finas cejas señalan que no es una ul-mugor pura, sino que uno de sus progenitores cometió el gran pecado de enamorarse de un forastero.

La muchacha es de un atractivo físico extraordinario, rayando lo sobrehumano, y la ausencia de cabello confiere a su belleza un aspecto alienígena, casi divino. Tiene unos ojos grandes y profundos color miel que, sumados a su grácil nariz y sus finos labios, forman un conjunto de expresiones propias de la inocencia. Tiene una complexión delgada, casi delicada, lo cual contrasta con un busto voluminoso y prominente.

Ella es Lara de Nearu, hija de Árgol de Nearu el monarca de todos los territorios habitados del Norte, por lo que desde pequeña fue colmada de opulencia y caprichos. Pero su carácter inquieto y curioso la llevó pronto a salir de los muros de palacio. Su mirada se llenaba con la Vida que fluía en las calles de su reino, en los mercados, en los colegios, en las verbenas...



aunque pronto aprendió que nunca podría compartir toda aquella vitalidad. ¡Era una mestiza! Un crimen de sangre nunca perdonado en Myga Ul-mugor. En esta sociedad arcaica y bárbara, el Honor se valora por encima de los sentimientos, de los ideales y de la misma vida. Su padre, presa de un Amor capaz de desgarrar las mismas entrañas de la Sociedad, había tomado como reina a una extranjera, una lutana. Había manchado el linaje real aunque, siendo el monarca, nadie se atrevió a recriminárselo. Nadie que siga con Vida, claro. Así que toda esa vergüenza recayó sobre Lara, una niña inocente fruto de la pasión, pero con una carga de prejuicios que lastraría su existencia a una Vida solitaria.

Conforme crecía, las miradas furtivas de sus lacayos, de las damas cortesanas, de sus soldados la aislaban cada día más, la asfixiaban por un pecado que no llegó a comprender hasta mucho después. Con los años, su carácter antes jovial y risueño, se ensombreció, aislándola de aquellos que la rodeaban. Desesperada, giró su mirada hacia las estrellas, hacia los confines más allá de ese reino esclavista que la enclaustraba.

Aquel desasosiego fue mutándose poco a poco en unas alas que lanzaban su imaginación a todos los confines de la galaxia conocida. Por ello comenzó a pasar más y más horas en los hangares de palacio. Ese lugar lleno de Vida se convirtió en su hogar. Volcó su soledad leyendo manuales de vuelo, devorando planos de sistemas de propulsión. A los catorce años podía desmontar un deslizador terrestre, modificarlo y mejorar sus prestaciones. Volar era su vehículo para escapar de aquel sinvivir de normas, reglas y límites.